

## EL DESENCANTO EN LA POESÍA DE WASHINGTON DELGADO

Luis Fernando Jara  
*Universidad Católica del Perú*

En estos tiempos de pesimismo y larga frustración (tiempos de valores carcomidos, de mentira institucionalizada, de impunidad, de asco, de cotidianeidad salvaje y obsesiva) resulta casi natural y previsible hablar sobre el desencanto. Lo que sí sorprende —y gratifica sobremanera— es que en estos tiempos también en que la palabra es un objeto manoseado y sin sentido, una entidad vacía, desgastada y manipulada, usada para ofender, para decir las mentiras más brutales, se reserve este espacio y haya esta preocupación por reinventarla, resignificarla, darle un nuevo matiz, una nueva cara. Nos encontramos así con una palabra devuelta a su verdad primigenia —la poética—, a su levedad y su fuerza; una palabra cargada de inteligencia, de emotividad, de lucidez, de mirada crítica, de voz inquisidora aunque ésta nos descubra una realidad desencantada.

preocupaciones: la mirada y la voz de los escritores se llenó de referencias sociales y el horizonte se cubrió de un halo escéptico y desencantado. La poesía de W. Delgado fue un síntoma importante de este cambio: luego de la commovedora nostalgia de *Formas de la ausencia* (1955), del optimismo sugerente de *El Extranjero y Días del Corazón* (1957) y de la lírica limpia de *Canción Española*, apareció *Para vivir mañana* (1959), quizás el libro más importante de W. Delgado y un hito altamente significativo en la poesía peruana.

Este libro evidencia una retórica y un juicio distintos: las viejas convicciones pierden peso para ceder su lugar a plantearmientos duros, a confrontaciones abiertas y descarnadas. Luego vendrá —con un breve remanso en *Parque* (1965)— *Destierro por vida* (1969), continuación y agudización de esa mirada escrutadora inaugurada en *Para vivir mañana*.

Nuestra intención es dar cuenta de las características de esa nueva poética —que es evidentemente también una nueva ética—: de aquello que lo hace una nueva voz, más imprecadora y más adolorida.

## 2

En una carta que Kafka escribe en 1904 afirma lo siguiente: “*me parece que sólo se debería leer aquellos libros que nos muerden y nos pican. Si el libro que leemos no nos despierta de un puñetazo en el cráneo, ¿para qué leer?... Tenemos necesidad de libros que obrén sobre nosotros como una desgracia con la cual sufriésemos mucho, como la muerte de alguien que amásemos más que a nosotros mismos, como si estuviésemos proscritos, condenados a vivir en las selvas lejos de todos los hombres, como un suicidio, un libro debe ser el hacha que quiebre el mar helado entre nosotros*”.

*Para vivir mañana* y *Destierro por vida*, tienen esta filiación, esta implacable vocación de despertar conciencias. Son libros cuya lectura no podemos soslayar fácilmente por la

especialísima forma en que comprometen nuestra sensibilidad, nuestra inteligencia y nuestro sentido crítico y estético. Y, también, porque encontramos en ellos una lúcida poética del desencanto que nos confronta con nosotros mismos y con el tiempo de nuestra historia.

*"He caminado por los desiertos, toda mi vida y nunca llegó a ninguna parte"* reza el último verso del poema que cierra *Destierro por vida* (Globe Trotter). Esta es la dura mirada que impregna de una atmósfera gris los poemas de estos libros: el mundo es un desierto; la vida, un viaje a cualquier parte, un viaje sin retorno. Esta mirada sombría es como un prisma que proyecta una sombra de muerte sobre todo lo que es esencialmente humano: el amor, la vida, los valores éticos, las relaciones sociales, el lenguaje, el juego de poder, el devenir histórico. Todo lo que nos define y reivindica como humanos y como sujetos de una conciencia histórica está invadido por la sombra inquietante de la muerte. ¿No hay lugar para la esperanza?, se preguntarán ustedes de un modo legítimo. En realidad, los poemas de W. Delgado se sustentan en un juego dialéctico entre la esperanza y la desesperanza, entre la ilusión y la desilusión, entre la memoria y el olvido. Pero los poemas de los libros sobre los que estamos hablando tienen marcadamente un halo desencantado, desesperanzador.

El amor –y su contrapartida, la soledad– es improductivo, incapaz de sacarnos del marasmo, de la angustia de vivir: *Qué inútil es / la soledad y qué inútil el amor / ciego, individual y melancólico, / refugiado en los parques, hundido en los versos / de Bécquer o arrinconado en una cama / tan inútil como el amor, como la soledad.* (*Monólogo del habitante*). Ésta es la única certeza que tiene el yo poético, la del desamparo total: *¿De qué cuerpo sacaré ahora sombra / para vivir con un poco de ternura?* (*Para vivir mañana*). Y cuando rememora los amores vividos, su voz adquiere un dejo de resignación: *Nunca tocaré tierra y me complazco / en esta canción de náufrago / desesperado y a la vista de tantos / inútiles amores.* (*Los amores inútiles*).

Sin embargo, hay un asomo de esperanza —y la voz se llena de optimismo y epicidad— cuando se anuncia la posibilidad del amor entre los hombres. La solidaridad se convierte así en la tabla de salvación que vislumbra un futuro distinto: *Yo tocaré las puertas del destino, / las tocaré con temblorosos dedos / o marcharé con los hombres para ser el dueño / de una vida temible.* (*Camino de perfección*). La solidaridad alarga el tiempo de la esperanza y multiplica el espacio del mundo: *Para vivir mañana debo ser una parte / de los hombres reunidos.* (...) *Pálidas muchedumbres me seducen; / no es sólo un instante de alegría o tristeza: / la tierra es ancha e infinita / cuando los hombres se juntan.* (*Para vivir mañana*).

Desde esta sensación de desamor, el presente se asume como el tiempo de la rutina, del tedio y la tristeza: *Es triste / bostezar, sonreír, / guñar un ojo, / Y dar los buenos días / al vecino. Y leer / los periódicos. Y usar / una corbata, un pantalón, / un imperdible. / Y el inasible / corazón humano. / Y la tristeza que se posa / en el alma, para siempre. / Para siempre.* (*La condición humana*). Pero es, paradójicamente, esta rutina lo que nos sostiene en el mundo: *Es necesario / comer, vestirse, saludar, / decir: te amo, te amo, / y volver a dormir / para que el mundo sea / soportable.* (*Necesidad de la vida y el sueño*). Y hay, incluso, el intento de gozar de la vida a pesar de la rutina: *Es necesario reír, / beber y alimentarse / antes que el mundo / muera del mismo modo que las moscas /.* Con un reloj me defiendo / del destino, abrazo a mis amigos, / maldigo a la policía, lloro / en algún cinema. / Tomo la vida como es / y si me place, orino. / Bien sé que esto no basta, / pero me esfuerzo en ser un hombre / bueno, sencillo, afable /. Levantaré mi casa donde pueda, / tendré más hijos, más riquezas, / más domingos que anteceden mis lunes / y eructaré en la mesa, si me place: (*El ciudadano en su rincón*).

En este presente desolador por rutinario, el yo poético se siente desorientado, incomunicado, sin vida y posterga la experiencia vital para un futuro inmediato que se asome más

esperanzador: *No vivimos hoy, / vivimos mañana. / Nadie conoce las calles, / nadie sabe la hora. / En otro país estamos / y es verdaderamente triste / no conocer el idioma.* (*De hoy para mañana*). Por eso no sorprende escucharlo predicar que la tristeza y la angustia crecen como el humo y que si le dan espacio todo lo invade, impregna y desmerece y que el conocimiento, la esperanza, la alegría, el amor y las íntimas ganas de vivir permanecen como la piedra.

Todos estamos muertos: la tierra es un cementerio. Leamos dos poemas emblemáticos, en este sentido: *Entro a las casas para sacudir a los muertos / Para decirles: vuestras manos están muertas, / vuestros bigotes están muertos. / Mosca primaveral, no despiertes aún; / espera, a ver si los muertos reviven. / Los muertos se sientan a la mesa / y preguntan ¿qué hora es?, ¿hace frío? / Sus bocas están muertas. / Mosca primaveral, no zumbes: / los muertos oídos no te escuchan. / Los muertos cuentan monedas, medicinas, / hambres, amores, aventuras; / hablan, señalan, pegan: / ¿desde qué hondo número los gobierna la muerte? / Mosca primaveral, despierta.* (*La primavera desciende sobre los muertos*). Y: *Los muertos no se equivocan. / Los muertos están bien muertos. / Enterrarlos no es amarlos / y decirles no es tan inútil / como decirles bueno. / Los muertos no se equivocan, / no sacan los pies de la tumba / para hablar de la vida, / para hablar de la muerte. / Los muertos no se equivocan. / Pero tal vez sirven, tal vez / trabajan en las ciudades, / en los campos, en las fábricas, / donde hay miseria y se fuman / negros cigarrillos polvorrientos. / Los muertos no se equivocan. / Quién sabe, aman a sus mujeres / y tienen hijos encanijados. / monstruosos, amarillos / a los que no besan / sino cuando están borrachos. / Pero los muertos no se equivocan, / únicamente son / el espanto y la muerte.* (*Los muertos*).

Todos estamos muertos. Sin embargo, nuestra mediana condición de mortales se inmortaliza cuando el yo poético estrella su rabia contra el poder y quienes lo detentan: *Señor rentista, señor funcionario, / señor terrateniente / señor coro-*

*nel de artillería, / el hombre es inmortal: / vosotros sois mortales. / Es curioso ver cómo la podredumbre / se adelanta a veces al cadáver. (Los pensamientos puros).* El poder es tan salvaje y abrumador que todo lo contamina. Su zarpazo llega incluso a apropiarse del alma y esto parece un sino irreversible: *En el día, la noche y en el crepúsculo / el que tiene el poder tiene mi alma: / Nada me librará de mi destino / y mis pies serán pies hasta la muerte. (Poema moral).*

Los valores también han muerto: son objetos vacíos, inutiles palabras que nada dicen: *Dignidad, justicia, honradez, / heroísmo, viejos objetos tristes / cuyo sonido desconozco* (*Los tiempos maduros*). El yo poético se rebela frente a los cánones impuestos por el sistema, pues todo lo que éste encarna está muerto: *no amaré según las viejas / palabras de los libros, / no amaré lo que dijeron / en las muertas aulas escolares / (...) No amaré / las fúnebres imágenes, / ni pisaré la podredumbre* (*Canción negativa de la vida nueva*).

Si los valores están muertos es porque el lenguaje que los contiene, los nutre y los explica es un sinsentido, una sucesión de sonidos vacuos: *Respiramos palabras / y no sabemos nada / de sus olores. / Miramos las vocales / cómo huyen / a cielos imposibles. / La voz es un retazo / de otra voz. Y los aires / van y retornan / y no se entienden.* (*Palabras, aires, engaños*). El lenguaje enmascara las mentiras, su belleza es una farsa: *Viviré una y otra vez / las hermosas palabras / que una y otra vez son engaño, / soplo de incumplidos deseos / o juego del amor.* (*Pluralidad de los mundos*).

Sorprende que el optimismo del contexto histórico en el que aparecieron los libros –años 60, tiempos de cambios, de movimientos épicos, de confianza en la revolución– no se vea reflejado en estos poemas (cosa que sí ocurren en *Días del Corazón*). El yo poético ha perdido la inocencia y ha mudado más bien en un gesto escéptico a pesar de sus referencias a Marx, Bakunin y Proudhon. Se tiene la impresión de que la voz que habla en estos poemas está persuadida de que lo que

se está viviendo ya se había vivido en el pasado, que sólo se trata de la repetición de la historia bajo otras formas.

Y ahora arribamos a un tema capital en estos libros. Esta mirada sombría del presente se hace extensiva al pasado que es también un cementerio de ruinas. La nuestra es una historia quebrada, escindida y esa ruptura se da en el momento mismo en que nace el Perú, en el tiempo de la conquista. La historia del Perú es un “monumento de quejas y de llanto” al que el yo poético le agrega sus pequeñas tristezas, sus breves miserias. Se siente extranjero, desterrado, quiere aferrarse pero no encuentra nada de qué asirse: *Pregunto por mi patria, / por su noche inacabable y su leyenda (...) Busco, busco en vano / un país sumergido en las sombras* (*El extranjero*). La historia del Perú está poblada de escombros y lo único que queda es su versión carcomida por el enmohecimiento: *No hay un pasado / sino una multitud / de muertos. / No hay incas ni virreyes / ni grandes capitanes / sino un ciento / de amarillos papeles / y un poquito de tierra.* (*Historia del Perú*).

Se critica duramente la mentira disfrazada de verdad que trajeron los españoles: *Cuando alguien habla del espíritu / cuida bien tus bolsillos. / Esta es la sabiduría que nos vino / de un lugar llamado occidente.* (*Sabiduría Humana*). Y la confrontación entre lo que había a la llegada de los españoles y lo que quedó como producto de la conquista arroja un resultado desalentador: *Antes el sol brillaba / arriba, abajo y adentro. / Era la fuerza de las manos / y la pasión en la boca. / Un hombre tenía una casa, / un oficio, un alma, / un tamaño y un lugar / entre los hombres. / Después vinieron otras gentes / que tenían corazón / y pesaban el oro / Ellos nos enseñaron. / Ahora vivimos con cárceles / obispos y soldados. Ahora sabemos / que una cosa es el bien / y otra es el mal. / Y que el dolor no es el dolor / ni es hambre el hambre.* (*Sabiduría Humana*).

El juicio severo también le toca a la doctrina católica como cómplice de esta ideología que se sustenta y se justifica

en el dinero: *Para ser bueno hay que servir / al que paga; para ser bueno / no hay que pagar al que sirve. / Así ganaremos el cielo. (¿Nunca nos libertaremos?)*.

¿Cómo restañar las heridas de esta ruptura, dónde hallar el centro de nuestra identidad? Tal parece que no hay salida posible. En todo caso, quisiésemos que el yo poético, que ha dudado de las capacidades inmensas del lenguaje, vuelva la mirada sobre su propia naturaleza y le asigne a las palabras una tarea fundamental: construir nuestra naciónalidad, ser el espacio de nuestro encuentro: *Yo construyo mi país como con palabras, / (...) / El silencio es profundo, pero amo las alturas. / Hombres son y mujeres los que alumbran mis ojos / y mi voz está con ellos como el aire en que viven. / No me importa la muerte si es justo mi combate. / Por el amor no por el odio he de sobrevivir. / Yo canto en las matanzas, yo bailo / junto al fuego, yo construyo / mi país con palabras. (Héroe del pueblo).*

### 3

La poesía de W. Delgado no nos ha descubierto la verdad sobre nosotros y nuestra historia; sólo la ha hecho más palpable al presentárnosla abierta y descarnadamente ante nuestros ojos. Ha cumplido cabalmente con aquella exigencia que Eliot asociaba a la literatura: la función de la literatura –decía él– no es descubrir la verdad, que es la función de la ciencia, sino hacerla más evidente.

Espero que la voz que subyace a estos poemas y que he pretendido difundir sea el espejo en que nos miremos de un modo honesto y transparente como hombres y como fragmentos de un sujeto común –el Perú– y que sea el punto de partida de una actitud distinta para que no digamos –como dicen los versos de *Canción entre los muertos*– “siempre viví equivocadamente y es triste haber vivido”.